



Todo empieza con una breve noticia en el periódico:

***Accidente mortal provoca un incendio en Palm Springs.***

*En la madrugada del miércoles, un coche se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Su conductor, Hank S. Hadson, resultó muerto. El incendio, que se declaró en el vehículo, afectó el bosque cercano, quemando más de dos hectáreas. La rápida intervención de los bomberos impidió que se extendiera a las casas vecinas, aunque, por desgracia, nada pudieron hacer por la víctima, que murió calcinado.*

Dejo el periódico a un lado, tirado junto al resto de revistas olvidadas que hay junto a la camilla. El opresivo aire del vestuario huele a polvo, suciedad y sudor. La bombilla danza en el techo y su halo amarillento apenas sume en penumbras el cuarto. El silencio es roto por los alaridos de júbilo de la muchedumbre, sus gritos amortiguados por las paredes de madera, pidiendo sangre, abucheando al perdedor, ansiosos por ver otro combate. Estoy sentado en la camilla, el rostro hundido, el cuello relajado, la espalda arqueada hacia delante. Una toalla humedecida me cubre la cabeza, los brazos reposan sobre el regazo, las manos forradas por gruesas vendas blancas. Balanceo las piernas con suavidad, esperando, y me sorprendo al pensar en Hank y no conseguir recordar su rostro. No le doy mayor importancia; de todas formas está muerto.

El griterío de afuera arrecia de nuevo, haciendo temblar hasta los travesaños del techo. Acaricio mis manos y compruebo de nuevo el vendaje, dando un suave masaje sobre el centro de mi palma derecha. El sudor empapa mi cuerpo, con goterones que surcan mi frente y se precipitan desde la barbilla al suelo. El vestuario es un horno, el ambiente sofocante e irrespirable, como una olla a presión. Aparto la toalla con un gesto cansado, me paso una mano por el afeitado cráneo y aparto el sudor.

Otra detonación de voces, más gritos, más alaridos, una lluvia de aplausos. Otro combate ha terminado. La puerta del vestuario se

